

marcan perfectamente en el subtítulo del libro. Las relaciones, formas y fabricación, con su dialéctica entre industria y artesanía, la técnica del torno, el ensamblaje de piezas prefabricadas, ceñido a los pies, la relación forma-uso, con el análisis de los modelos metálicos, la dificultad de ejemplificar con seguridad el concepto «servicios» que, con cierta simplicidad si se quiere, no debió dejar de existir y el de forma y gusto que establece más y más las relaciones cerámica y toreútica.

Sin embargo también son estos los puntos en los cuales se advierte en mayor grado la necesidad de profundizar en el estudio de la herencia ceramista etruscotálica.

Es curioso observar que Morel, tras utilizar el término etrusco-campaniense (1963) y abundantemente barniz negro (1965-1968) viene usando el término campaniense, lo dicho en p. 25, n. 45 sólo es aclaratorio en parte, casi simultáneamente a la generalización en Italia del término «vernice nera» aunque en ocasiones utilice el término «vernis noir» (p. e., p. 433). Independientemente de lo potestativo del uso merece ser notado que los centros reconocidos, identificados, supuestos o probables (p. 40-52) dejan de situar la zona campana en el protagonismo hegemónico que aún se le suponía hace un cuarto de siglo.

En conclusión, nos hallamos ante un libro notable, sólidamente construido cuyas páginas ofrecen múltiples sugerencias para ulteriores investigaciones.

Un libro que es bastante más que una clasificación aunque ésta ocupe buena parte del mismo (p. 69-483) y en el cual las formas son mucho más que una tipología o la puerta a una cronología de «fechar por fechar». Nos hallamos ante la constancia de la primera gran producción en serie del mundo itálico y la formación de una *koiné* de gustos mediterráneos pero todo ello acompañado de otro comercio como el aceitero o vinario.—ALBERTO BALIL.

ENCICLOPEDIA DELL'ARTE ANTICA CLASSICA E ORIENTALE, *Atlante delle forme Ceramiche*, I. *Ceramica fine romana nel bacino mediterraneo (Medio e Tardo Imperio)*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1981, fol., 270 pp., CLXV láms.

La ejecución de este volumen ha supuesto una prolongada estancia en la imprenta. Independientemente de problemas de paginación, diferentes tipos de imprenta, etc., permanece el hecho de ser las ediciones efectuadas por el «Poligrafico dello Stato» muy cuidadas pero no rápidas. Por ello, aparte algún fortuito añadido de 1979 (p. 207, a modo de ejemplo) el texto refleja un estado de la investigación que se remonta a los comienzos del último quinquenio. Bastará decir el *Supplement* de Hayes (BALIL, BSAA, 1981) no ha sido tenido en cuenta.

Entre las novedades hay que destacar el uso del término «Ceramica Narbonesa» para englobar una producción que comprende aspectos que, hasta ahora, habían sido considerados por separado y sin ningún propósito manifiesto de establecer un nexo entre ellos. Son las llamadas «sigillata» «B» y «prelucente», «lucente» y el grupo «anaranjado-gris» (con respecto al cual se destacan algunas reservas sobre la clasificación de Rigoir). Supongo atribuible a un error de composición el que se incluya en este grupo la cerámica «macedónica» en razón de semejanzas cromáticas.

La producción africana es el tema de una parte considerable, la mayor, del volumen. No es sólo el peso de una tesis de la importancia de la elaborada por Hayes (BALIL, BSAA, 1972, 578 ss.) es también el peso de la considerable labor que ha desarrollado y viene desarrollando Carandini en este campo. En la introducción se desarrollan una serie de conceptos que Carandini ha expuesto; paralelamente, antes de la publicación de este volumen (*Storie della terra*, 1981) y se traza, con mayor detención que Hayes

(1972) una historia de la investigación sobre la sigillata africana. Debo advertir sin embargo que no comparto en su totalidad su exposición sobre las razones de la duplicidad temática y de vocabulario que caracterizó durante un cuarto de siglo el lenguaje ceramológico en las dos cuencas mediterráneas (BALIL, BIEAL, 1982) y su subdivisión «dialectal». Carandini conoce suficientemente estos hechos para que sea necesario recordar aquí lo que se dijo en el «Cantinone», y aún más lo que se escuchó, en 1973. En realidad este es un capítulo que, independientemente de su introducción, requiere ser leído con especial interés. La exclusión de la producción de Navigius por Hayes, o del grupo «El-Aouja»; aparte no entrar específicamente en el concepto «Late Roman» no parece suficientemente aclarada.

En el caso de las formas partiendo de un concepto de grupos funcionales, vasos abiertos-vasos cerrados, se engloban conceptos tipológicos de Hayes, Salomonson, Lamboglia, Carandini, etc. Sin embargo en cada caso se va más allá del «repertorio de formas». Cada forma aparece como un concepto susceptible de ser estudiado desde diversos puntos de vista tales como la producción, la decoración, la cronología y el ámbito de difusión. En apartado amplio se catalogan los temas decorativos y sus técnicas, así como los grupos de talleres que pueden ser objeto de diferenciación.

Que se incluyan aquí los vasos llamados *ampullae oleariae* no puede sorprender pues ya se había establecido su relación con los vasos antropomorfos (CARANDINI, 1970). Sí llamará la atención la inclusión de las lucernas, llamadas «cristianas» o «africanas», como rama colateral de la producción de sigillata. Mi punto de vista es que el criterio tradicional de separar lucernas y sigillata sólo tiene razón de ser cuando, y no es este el caso, existe una clara diferenciación de talleres y centros de producción.

El capítulo de Pavolini sobre estas lucernas (p. 184-207), incluyendo un breve apartado sobre la producción africana de lucernas en los siglos I-IV d. C. constituye el mejor instrumento disponible hasta el presente para estudiar este material. Anselmino y Pavolini han elaborado un instrumento cuyo aprecio nunca será suficiente.

Sigillata y vasos de cocina siempre se han considerado mundos ceramológicos aislados. Por ello el capítulo de Tortorella sobre la producción africana de estos materiales no será acogido sin resistencias ni, quizás, críticas. El africanismo de los vasos «de patina cenicienta» fue ya aceptado por Hayes y su correspondencia con formas consideradas, justamente, como «de mesa» no pueden ser olvidadas. La superposición de la difusión, las referencias peninsulares son pocas pero son suficientes para comprobar este hecho, sigillata africana y vasos de cocina bastaría para aceptar la inclusión de los mismos.

Pocas novedades se advierten en el campo de las sigillatas orientales cuyo estudio, realizado por Carandini y Tortorella permanece en un estado semejante al establecido por Hayes en 1972. Tampoco la producción ateniense, pese a contarse con los materiales del Agora de Atenas, y el estudio de la «sigillata de Corinto» permanece en el marco tradicional. Hay que observar en este sentido que no se incluyen las referencias a su difusión en la Península Ibérica, reducida pero existente.

Las láminas recogen perfiles, motivos decorativos y fotografías del material estudiado. Los dibujos muestran el estilo propio de Semeraro y, en cierto modo, representan la culminación de lo efectuado en los volúmenes dedicados a las «Terme del Nuotatore» en Ostia. En este caso el trabajo ha sido especialmente delicado al tener que unificar no sólo escalas sino estilos de dibujo muy diversos.

Este «Atlante» aparece con un carácter muy distinto de la «colección de tablas de formas» que se esperaba. Si bien la EAA tuvo siempre en cuenta el hecho de la cerámica romana y más concretamente de la *terra sigillata*, ésta no fue concebida, ni podía serlo hace casi ocho lustros, con las mismas características que la producción griega pintada. El cambio fue introduciéndose poco a poco a medida que los criterios de sus

directores tuvieron que plantearse las diferencias subsiguientes a la ejecución de un programa establecido (BIANCHI-BANDINELLI, 1973. BECATTI, 1970). Este hecho fue expuesto ya, en cierto modo un «nuevo programa», en la «presentación» del *Appendice I*.

Podrá opinarse sobre la conveniencia, o inconveniencia, de haber iniciado la publicación de este *Atlante* con la cerámica del Imperio avanzado y tardío o, de un modo más tradicional, no haber diferido para el segundo el estudio de la cerámica altoimperial. De hecho se trata de una bipolaridad Italia-Magreb que no deja de ser tal aunque se cambie el orden de sus componentes. Pero al mismo tiempo Italia es, si no centro productor, encrucijada de comercializaciones y las diferencias entre Continente, al menos al sur del Apenino Toscano y Sicilia son menores de las que puedan existir entre Península Ibérica y Baleares. Pero la Península Ibérica, en mayor o menor grado, recibe también estas aportaciones no sólo en su zona mediterránea sino también en la atlántica con una mayor o menor penetración en el interior que no se presta a generalizaciones. Una de ellas puede ser suponer, indebidamente, que la producción hispánica tardía desconozca en absoluto la actividad africana y se limite a sobrevivir con los restos de un patrimonio técnico y decorativo exclusivamente de tradición occidental (LÓPEZ-RODRÍGUEZ). Que este *Atlante* encuentre, probable pero no seguro, el mayor número de sus lectores en Italia y en la zona occidental del Mediterráneo (p. XXX) no significa en modo alguno que la concepción haya sido la usual, pretendidamente occidentalista, de considerar cuenca tirrénica y cuenca egea como mundos ceramológicamente aislados.—ALBERTO BALIL.

FERNANDEZ-CASTRO, María Cruz, *Villas romanas en España*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, 4.º, 320 pp., 97 fig.

La edición de este libro habrá coincidido con la publicación del libro de Gorges (BSAA, XLVIII, 1982, 469 ss.). La semejanza es puramente epidérmica pese a la cuasi identidad de título. Este libro no es ni un estudio de poblamiento ni un análisis socioeconómico de la villa como en el caso de la publicación preliminar de Sette Finestre (sólo citada en la «presentación») o de la villa y el concepto *luxus*. El estudio, en origen una tesis doctoral, se ciñe al estudio de la villa como concepto arquitectónico lo cual me parece perfectamente coherente y un marco adecuado. Esto ha llevado a ceñir la utilización de la documentación arqueológica a aquellas construcciones de las cuales se dispone de una planta.

Con ello se parte de una base de casi ciento cincuenta *villae*. Es de lamentar no se hayan tenido en cuenta las *villae* portuguesas lo cual da lugar a aparentes vacíos (mapa en p. 42) en el Bajo Duero y Bajo Tajo. La ausencia del sistema de *villae* en las Baleares requiere una interpretación que no entra en el propósito de este libro.

Previamente la autora había expuesto algunos de sus resultados en trabajos aparte (*AEArq*, LLI, 1978, 209 ss. *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Diciembre 1976, 309 ss.).

El primer capítulo, dedicado a las fuentes textuales, contiene una visión centrada cuasi exclusivamente en Campania. Quizás se deba a confiar excesivamente en Grova y Gatti. Curiosamente Swoboda (*Bolletino del Centro di Studi per la Storia dell'Architettura*, XI, 1957, 3 ss.) no ha sido utilizado. Las *villae* republicanas del Lació no son tenidas en cuenta y el grupo dálmata se limita a la mención de Val Catena (cfr. *OJh*, 1903. DEGRASSI, *Scritti vari di antichità*, II, 1962, 821 ss.). En el segundo capítulo se trata de elucidar las concordancias, y disonancias, entre las normas de los tratadistas sobre la orientación y su aplicación en España.